

Lee con atención este documento. Reflexiona sobre o seu contido e o da película *A Lista de Schindler* visionada en grupo. Despois elabora un informe salientando:

1. A mellora no teu coñecemento sobre o tema do Holocausto derivada do traballo con estes dous recursos didácticos.
2. As dúbidas e preguntas que teñas sobre o fenómeno do Holocausto.

Docto1: Extraído do artigo de D. Arjona e P. Bolinches titulado “dentro de la maquinaria del holocausto” (entrevista a Xabier Irujo, autor do libro *La mecánica del exterminio*, Crítica, 2024)), publicado no xornal *El Mundo* e dispoñible en liña en <https://www.elmundo.es/la-lectura/2025/01/13/677d48c6fdddf69928b4583.html> (consulta do 17-1-2025).

Los nazis asesinaron a **17 millones** de personas en el **Holocausto**, seis millones de judíos entre ellos, o **3.875 al día** durante 12 años. ¿Cómo lo hicieron? *La mecánica del exterminio* (Crítica), de Xabier Irujo, desentraña el funcionamiento interno del mayor **engranaje genocida** de la Historia: los campos de concentración nazis. Más que una crónica de la vida en el *Lager*, el libro aborda la **ingeniería del horror**: un sistema diseñado con precisión para llevar a cabo un **exterminio masivo**. Desde los ideales nacionalsocialistas que dieron origen al Holocausto hasta los métodos implementados en **Auschwitz**, Irujo expone cómo la muerte se convirtió en una acción industrializada y estandarizada.

A través de **documentos** de archivo, **testimonios** de supervivientes y **observaciones** directas, el autor narra con rigor y crudeza las prácticas genocidas, iluminando una lógica implacable que buscaba eficacia, economía y velocidad. Esta obra, producto de **más de 20 años de investigación**, nos convoca a comprender los mecanismos de la barbarie y a recordar que el conocimiento y la memoria son herramientas imprescindibles para prevenir que el ciclo del odio se repita. Irujo, hijo de **exiliados políticos** vascos nacido en Caracas y catedrático de estudios del Genocidio en la Universidad de Nevada (Reno, EEUU), combina el análisis histórico con una profunda **carga emocional**. Un relato que trasciende los datos para confrontar al lector con los dilemas éticos y humanos del genocidio.

Pregunta: Ha dedicado 20 años a este libro, ¿qué le motivó para una tarea tan dura?

Respuesta: [...] Ha sido un acto de compromiso y resistencia. Es un testimonio que recuerda la urgencia de dar voz a quienes nunca la tuvieron. Soy miembro de una familia que ha sufrido seis exilios en cinco generaciones. Cada una de ellas padeció prisión, incautación de todas sus propiedades y represión. Simplemente intento explicar la razón subyacente a los ciclos de violencia entre seres humanos. La extrema aspereza del tema no me ha permitido trabajar más de tres meses seguidos en este libro; cada vez que he hecho una entrevista hemos acabado llorando

todos [...] Estudiar la Historia no es sólo un ejercicio académico, sino una práctica de memoria histórica. Recordar es hoy la única forma de hacer justicia. Lamentablemente, conocer la Historia no evita su repetición, pero ignorarla la garantiza.

P: ¿Cuál diría que es su aportación más original?

Probablemente la metodología [...] Los matices y los aspectos más insignificantes suelen contener las claves más reveladoras. He procurado describir los protocolos de exterminio con meticulosidad, aportando pormenores que por lo general han pasado desapercibidos. Para ello, he realizado el libro enteramente a partir de fuentes primarias y testimonios. He mantenido gran cantidad de entrevistas y ello me ha permitido poner cara a las atrocidades. Recuerdo una de las últimas entrevistas que realicé. Tras dos décadas investigando, creía saberlo casi todo. Le pregunté a este superviviente de Auschwitz-Birkenau cómo dormían. «Como troncos», me respondió. No esperaba esta respuesta, y arqueé las cejas. Él lo advirtió, y se explicó. «Trabajábamos 12 horas al día con una dieta ínfima, estábamos exhaustos»; luego hizo una breve pausa [...] Había algo más. «Pero sólo cuatro horas», añadió secamente, sin darme tiempo a preguntar. «Alguien te podía comer vivo... sabían dónde morder». En el detalle habita la complejidad y la verdad.

P: ¿Matar a todos los judíos fue una decisión sobrevenida por la guerra o, más bien, el proyecto nazi desde el principio?

El exterminio de judíos y de otros grupos humanos no fue una decisión sobrevenida, sino el desenlace premeditado y lógico de una ideología enraizada en un cóctel de prejuicios y violencia. La guerra no generó el proyecto, pero sí ofreció las condiciones para llevarlo a cabo con brutal eficacia. Al abrigo de la impunidad, las posibilidades logísticas se amplificaron permitiendo que el plan original adquiriera dimensiones industriales. Como en otros episodios de genocidio, los judíos y otras minorías no se convirtieron en víctimas del Holocausto por *hacer algo* sino por *ser algo*. El objetivo no se limitaba a eliminar a todos los judíos, sino a destruir el concepto mismo de *judaísmo*, erradicar lo que entendemos por *identidad colectiva* del pueblo judío, lo que incluye las vidas de personas físicas, pero también su lengua, religión, simbología, memoria histórica, raíces culturales y cualquier otra expresión de la identidad de dicho pueblo. El objetivo de dicho plan era la creación de *un nuevo orden*, una populosa nación, fuertemente centralizada, homogénea, uniforme e indisoluble: aria y nacionalsocialista.

P: ¿El Holocausto fue la plasmación de una idiosincrasia alemana o podía haberse dado en cualquier otro lugar?

Los libros de texto suelen atribuir el ascenso del Partido Nazi al derrumbe de Wall Street que dio lugar a la Gran Depresión. Es cierto que la bancarrota, la crisis generalizada y los altísimos niveles de desempleo jugaron un papel en el crecimiento electoral del nacionalsocialismo. Pero es una explicación incompleta. La crisis económica golpeó con igual o mayor fuerza a otros países como el Reino Unido, la República Francesa o EEUU. ¿Por qué entonces no surgió un Hitler en Londres, París o Washington? La respuesta se encuentra en factores políticos, pero sobre todo en causas socioculturales e históricas específicas. El *crac* del 29 fue la chispa, pero el combustible lo aportaron elementos como la humillación del Tratado de Versalles, el auge de la intolerancia y un profundo antisemitismo, la militarización de la sociedad y, en líneas generales, la falta de madurez de la cultura política del país. La democracia alemana, nacida en 1919, era joven y frágil, incapaz de gestionar las profundas tensiones de la época. No pudo absorber el impacto y se derrumbó, dejando espacio para el ascenso de un régimen que alimentó la guerra y el genocidio.

P: Sé que el argumento de la locura disculpa de alguna forma al victimario¹ pero, ¿cómo no pensar que algo andaba mal en la psique colectiva de aquella gente?

Gustave Gilbert, psicólogo estadounidense, desempeñó un papel crucial en los Juicios de Núremberg y tuvo acceso directo y diario a nazis prominentes como Hermann Göring, Rudolf Hess y Joachim von Ribbentrop. Pudo entrevistar a Rudolf Höss, comandante de Auschwitz. Indicó a Höss que tenía dudas sobre la capacidad técnica de matar a dos millones y medio de personas y este le replicó que no habría sido difícil exterminar incluso a un mayor número, hasta 10.000 personas en 24 horas. Recordó que se podía gasear a un transporte de 900 prisioneros soviéticos en cuestión de minutos, pero que «tomó varios días quemar sus cuerpos». Lo que ralentizaba el proceso no era matar, sino deshacerse de los restos.

P: ¿Cuándo tiene lugar el punto de inflexión?

Nadie supo planear el proceso de exterminio en detalle hasta que se enfrentaron a las primeras matanzas a gran escala en el verano y otoño de 1941. Cuando en el primer invierno de 1942 se reunieron los comandantes de las cuatro unidades de *Einsatzgruppen*, mostraron, no sin orgullo, que cada una de ellas había exterminado a decenas de miles de civiles. En ese momento apareció Herbert Backe con su pequeña carpeta verde y explicó cómo había ideado un sistema que se había cobrado la vida de dos millones de personas en medio año. Aquel sistema más efectivo, rápido y barato de matar serviría de base para poner en marcha la red de campos a partir de 1942. Argumentar *locura* puede eximir, en parte, al victimario, pero sería ingenuo no cuestionar lo que esta sistematización revela sobre la psique colectiva de la sociedad nazi. Ese vacío ético, profundamente instalado en el sistema, es lo que permite entender, nunca justificar, cómo algo tan monstruoso pudo llevarse a cabo con semejante frialdad y eficacia.

P: Defiende que no hay una diferencia esencial entre campos de trabajo y de exterminio. ¿Todos los campos nazis eran de exterminio?

Los llamados *campos de trabajo*, como Dachau o Mauthausen, estaban diseñados para explotar a los prisioneros hasta su muerte mediante hambre, trabajo forzado y condiciones inhumanas. En contraste, campos como Auschwitz-Birkenau, Treblinka o Sobibor tenían como único propósito el asesinato masivo, utilizando cámaras de gas y crematorios para maximizar la rapidez y eficiencia en la eliminación de vidas. Sin embargo, afirmar que Mauthausen, donde más de 90.000 personas fueron asesinadas, no era un campo de exterminio no sólo es inexacto, sino éticamente inaceptable. El comandante del campo, Franz Ziereis, dijo en 1945 que «Kaltenbrunner le había dado la orden de que al menos mil personas tenían que morir en Mauthausen a diario» [...] Instalaciones donde la tasa de mortalidad alcanzaba el 20% o incluso el 50% o más de los prisioneros eran campos de exterminio.

P: Algunos historiadores alegan que poner el foco en "la mecánica" ofrece una imagen "fría" y "pulcra" del Holocausto que diluye la culpa colectiva de todos los alemanes.

Entiendo la crítica, pero no la comparto. Mi objetivo no es deshumanizar el Holocausto ni presentarlo como un proceso frío e impersonal, sino precisamente mostrar qué la deshumanización fue estructural y deliberada. Exponer los engranajes del genocidio revela cómo, hasta dónde y por qué se involucraron diversos actores en este complejo sistema de exterminio. La aparente «pulcritud» no diluye la culpa colectiva; al contrario, la amplifica, porque evidencia que el Holocausto no fue obra de unos pocos fanáticos, sino el resultado de la colaboración, la

¹ Denomínase dese xeito ás persoas que ordenaron e perpetraron directamente eses crimes de guerra.

indiferencia y la racionalización de decenas de miles de individuos. Si algo nos enseña esta explicitación es que la banalidad del mal puede ser tan aterradora como su brutalidad visible. Creo que entender la mecánica nos obliga a enfrentar la incómoda verdad de que estos crímenes no ocurrieron en el vacío, sino en una sociedad funcional, con la complicidad activa o pasiva de muchos y muy diversos actores.

P: ¿Los perpetradores del Holocausto eran monstruos o sólo "algunos hombres grises"?

La idea de que los perpetradores del Holocausto eran monstruos puede ser reconfortante, porque los aleja de su humanidad. Sin embargo, lo que Arendt llamaba la «banalidad del mal» nos obliga a enfrentar una verdad mucho más inquietante: bajo las condiciones adecuadas, con el entrenamiento ideológico necesario y la presión social correcta, cualquiera de nosotros podría haber ejecutado similares acciones. Lo más perturbador no es sólo que seamos capaces de esos actos, sino que a menudo somos completamente inconscientes de nuestra vulnerabilidad. Subestimamos el poder de nuestra naturaleza y nuestro entorno cultural, y cómo la obediencia y el conformismo pueden arrastrarnos a justificar lo injustificable. No se requiere una naturaleza monstruosa para cometer actos monstruosos; basta con ser humano, insertado en un sistema que premia la crueldad o normaliza el mal. Reconocer esto no es excusar ni relativizar, sino asumir la responsabilidad de nuestra propia naturaleza. Sólo confrontando esta realidad podemos construir mecanismos que fortalezcan la ética individual y colectiva. El concepto de la «banalidad del mal» es una constante advertencia.

P: Otro gran debate es el de las similitudes y diferencias entre el Lager y el Gulag. ¿Cree que sigue siendo válida la igualdad que practica Hannah Arendt al entender ambos fenómenos como "totalitarismo"?

Totalmente. En ambos casos hablamos de genocidio. Ambos compartieron rasgos esenciales del totalitarismo: el uso del terror como herramienta de control, la deshumanización de las víctimas y la supresión absoluta de la libertad individual en favor del poder del Estado. En ese sentido, la igualdad de Arendt ilumina cómo estos regímenes funcionaron como máquinas que subordinaban la vida humana a ideologías absolutas. No obstante, ambos episodios son dispares y requieren matices para comprender las diferencias. Comparar «montañas de cadáveres» puede parecer reductivo, pero la clave está en analizar la lógica detrás de ellas: el Holocausto buscaba la aniquilación total de grupos «racialmente indeseables», mientras que el Gulag pretendía eliminar a la oposición política. Ambos son tragedias comparables en su horror originario, si bien cada una responde a dinámicas históricas y objetivos ideológicos distintos. Pero, por encima de todo, hay una verdad incuestionable: las personas que sufrieron en cualquiera de estas atrocidades compartían una misma humanidad.

P: A posteriori parece evidente que los nazis «tenían que perder», pero, pudieron ganar?

Los éxitos iniciales del Eje, como la caída de Francia en 1940, el avance hacia Moscú o la expansión en el norte de África, demostraron la potencia del régimen nazi y su capacidad para cambiar el curso de la Historia [...] Hay una lección inquietante: aunque estas campañas de terror fracasasen eventualmente, su repetición es una constante en la historia de la humanidad. El odio, como el amor, forma parte de la naturaleza humana, y mientras existan las condiciones que lo alimentan -la desigualdad, el miedo, el resentimiento...-, nuevas formas de opresión y violencia pueden surgir. Por eso, más que dar por sentado el fracaso de regímenes como el nazi, debemos preguntarnos cómo prevenir que vuelvan a florecer.